

# A la salida de la capilla

El brazo, fuerte, se extiende de tu cuerpo desnudo  
revelando cada músculo, rívido  
mientras te miran con satisfacción completa.  
Contemplo aquel sorprendente momento cuando pude  
fijarme en cada característica tuya, pulgada por pulgada.  
De tu pecho abierto la hermosura y la brillantez me obsesionan  
aún más al pasar por la puerta;  
Me hace temblar.  
El temor en tus ojos, la tristeza en los de los demás que veo  
Los de quienes, como tú, nacieron perfectos y desnudos y  
como tú, tienden la mano, pero sin poder alcanzar jamás  
el lujo en que tú reposas...  
Nunca sufrirás como lo es tu destino.

**Teresa Lorenz**

*The University of Arizona*

## Crítica

Todo poema es la elaboración verbal de una experiencia intelectual o emocional. Sensaciones, impresiones, visiones irracionales, emociones que el poeta objetiva en el cuerpo de las palabras; pero al hacerlo así, ese puñado de palabras se acaba transformando en otra cosa. ¿En qué cosa? En un objeto que se agrega al mundo, que resiste el paso del tiempo y que genera a su vez en la lectura o la recitación otras emociones, sensaciones y experiencias intelectuales. En la descripción que la voz hablante en este

poema hace vocativamente del interlocutor implícito en el texto—al que se dirige cuando en la primera línea utiliza el “tu” posesivo—dos elementos se destacan: el brazo que aparece en primer plano, “revelando cada músculo,” y el “pecho abierto” cuya brillantez y hermosura sorprenden al yo poemático. Porque sobre estas imágenes pivota la estructura y el significado de este texto.

Este poema de trece versos está estructurado en dos partes. Los ocho primeros versos, hasta “me hace temblar,” constituyen la primera. Es la expresión de una experiencia estética: la contemplación de una obra artística. Se trata de la descripción efrática del famoso fresco de Miguel Ángel en la cúpula de la Capilla Sixtina. Es decir, la contemplación de otro objeto agregado al mundo y la descripción del acontecimiento que en todo ser humano suele ser la personal emoción suscitada por la belleza, que se expresa en el verso octavo de una manera tan vívida: “me hace temblar” (alusión a la sacudida emocional que produce la contemplación de lo bello). A partir de esta experiencia, la voz poética vuelve sus ojos a la realidad. La mirada baja, como si dijéramos, de la cúpula al suelo. Y aunque el interlocutor sigue siendo el mismo, el Adán de Miguel Ángel (ahora es ya un “tú” pro-nombre personal tónico), entran en juego otras terceras presencias (“los demás que veo”, “quienes nacieron perfectos”).

Pero la perfecta simetría que esta segunda parte del poema guarda con relación a la primera descansa sobre todo en la imagen central, la mano tendida (“como tú, tienden la mano”), que se compara con aquel brazo extendido y fuerte del primer verso. Al mismo tiempo, la comparación que se establece en el verso décimo no sólo contrapone o contrasta la realidad del mundo con la realidad del arte (hombre vs. imagen pictórica de un hombre, lo real vs. lo sublime, lo material vs. lo espiritual), sino también la realidad (esos mendigos que a la puerta de la iglesia “tienden la mano” para pedir limosna) con el referente de la representación artística (Adán = Cristo = Dios). Sin embargo, todos ellos no pasan de ser realidades verbales que se disuelven y se acaban en el propio poema. El texto de Teresa Lorenz se vuelve así una reflexión sobre la condición humana, sobre el existir, sobre el destino, sobre el nacimiento y la muerte.

**Pedro José Vizoso**  
*University of Arizona*